



AUTOBIOGRAFÍA NO AUTORIZADA
DE UN BOLUDO DISLÉXICO

VOL. I

Alejandro Domingues Martins

AUTOBIOGRAFÍA NO AUTORIZADA
DE UN BOLUDO DISLÉXICO

VOL. I



Primera edición: septiembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alejandro Domingues Martins

ISBN: 978-84-10400-28-3

ISBN digital: 978-84-10400-29-0

Depósito legal: M-18500-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a mi esposa Christine,
a mi amigo Carlín Flaco Arrigazzi que me está esperando...*

Si usted está leyendo esto, es su exclusiva responsabilidad... No quiero por favor crearle una falsa expectativa de lo que vendrá en las páginas de aquí en más... Lo que usted tiene en sus manos no es más una libreta que funciona como la supuesta autobiografía de nada más ni nada menos que un «disléxico argentino». Las historias de los disléxicos en Argentina son todas muy parecidas. Simplemente esta está escrita y no relatada en un archivo de audio. Lo que usted leerá a continuación, le aseguro que no solo son pura ficción, sino que está mal escrito... No es una novela, no es un cuento. Es una autobiografía a medias porque el tipo es tan boludo que no la autorizó, pero la publicó de igual manera. Seguro que es una porquería... Le diría que no siga leyendo.

Preguntará porqué lo escribí entonces. La verdad es que tuve una vida, a mi modo de ver, como la de cualquier persona, pero según quienes me conocen dicen que al parecer tuve una vida interesante y me recomendaron volcar en un libro algunas experiencias... Inventé personas, de modo que los personajes son ficticios y los nombres también... Si usted le encontrara algún parecido con alguna realidad pasada, le aseguró que es de puro pedo... En lo personal, creo que no fue interesante la vida de este disléxico, sino que la forma de contarla es lo que les entusiasma siempre a mis amigos y conocidos. Verán ustedes como fue, y ahora sí me meto en el personaje...

Hoy, llego a un momento de mi vida en la que tengo el tiempo para escribir, y ante la insistencia de mi tercera esposa Christine Isabel Windsor, paso a relatar momentos de mi vida que imaginé en forma cronológica podrían interesarle a alguien... lo dividiré en varias partes, ya que son demasiadas cosas que me gustaría contarle...

Quiero recordarle al lector, que todavía no terminó de leer la primera parte, de modo que está a tiempo de devolver el libro al in-

cauto que se lo leyó y se lo prestó, pedir que le reintegren el dinero invertido en él, o bien si está ojeándolo antes de comprarlo donde sea, que no lo haga...

Bien... ¿No hay forma que lo convenza de desistir?

¡Comencemos, entonces!

Nací con cinco años en Buenos Aires, capital de la República Argentina... Es decir, que para cuando tuve conciencia de que había nacido, recuerdos tengo desde los tres, pero conciencia de haber nacido recién a los cinco años. Mi madre me tuvo en el hospital Salaberry. Un nosocomio del estado que ya no existe, lo demolieron e hicieron una plaza... No fue porque nació yo ni hay una placa conmemorativa, pero no deja de ser algo lindo saber que demolieron un edificio estatal por obsoleto y no construyeron un shopping... No volvieron a construir otro hospital, pero por lo menos dejaron un espacio verde.

Vine a este mundo abandonando el útero de mi madre, ese lugar tan lindo, a la 1:05 a.m. de un 1 de mayo. Fecha que hoy sigue siendo motivo de chanzas de quienes reciben esta información sobre mí.

Al otro día, en la mañana, me contó mi madre que comenzó el desfile que personas alojadas allí en salas vecinas, como así de acompañantes de quienes estaban imposibilitados de moverse de sus camas. Todos concurrieron a la habitación donde se encontraba mi madre. No, no buscaban al mesías, era simplemente para preguntar quién había sido el que lloró casi toda la noche. ¡No era por qué había llorado ese bebé, sino que querían saber si era un bebé o un chico de cinco o más años ya!

Hoy, tengo la misma voz que entonces, incluyendo el volumen...

Mi padre era un mecánico «no titulado». Sí, siempre estamos buscando el título en lugar del conocimiento de la persona... Él había estudiado en la escuela industrial que se encuentra en la calle Boedo, del barrio homónimo de la ciudad de Buenos Aires, cerca de la avenida San Juan. ¿Le suena? «San Juan y Boedo antiguo...».

¿La esquina Homero Manzi? Bien, allí...

Mi madre solo tenía sexto grado, pero el de entonces, que era más que un secundario completo de los de mis días. Aclaro esto porque el de mis días creo que era malo, pero no tanto como el de ahora...

¡Al parecer, según dichos de mis padres, no me esperaban! ¡Fue una sorpresa mi llegada!

¡Debe haber sido por eso que nací a los gritos y con tremendo vozarrón! ¡Espérenme! ¡No se vayan! Fritaba... No era el único querubín en mi casa, dos mujeres se me habían adelantado con unos cuantos años de antelación... Mis dos hermanas... Pero con mucha suspicacia, y como sabía que sería miembro de una familia descendiente de inmigrantes europeos, decidí que llegaría el día del trabajador. En mi familia había muchos comunistas y otras yerbas de orientación izquierdosa, ¡pero estratégicamente elegí ser «varón»!

Mis abuelos por parte de mi madre, Elsa, oriunda de Santiago de Compostela, gallega de España, y Teodoro. Mi abuelo era bien indio, de la provincia argentina Catamarca, primo hermano de una famosa folclorista precursora de la difusión de la música de esa región tan sufrida de Argentina.

¡Su familia era dueña de una extensión de tierras tan grande, que tardaban tres días a caballo en ir de una punta a la otra! Pero por esas desgracias del destino, en esas tierras, mejor dicho, pedreras, alguien encontró oro. El estado, bajo el gobierno de algún militar como era muy pero muy común en aquellos tiempos, se adueñó de la mina y se hizo propietario de esas tierras también, valiéndose de una ley que dice que uno solo es dueño de los primeros centímetros de profundidad de la tierra en propiedad, más para abajo, es del estado nacional. Acto seguido les cedieron la explotación a una empresa norteamericana que les daba unas migajas a los miembros de turno en el poder y se acabó... Nada para el pueblo, ni indemnización para los legítimos propietarios... ¡Ni mierda siquiera! ¡Los militares argentinos siempre fueron conocidos por su falta de

escrúpulos... y por ser herramienta de los grandes ladrones de las franjas y estrellas para siempre!

Recuerdo con frecuencia la historia de las tierras donde construyeron la represa hidroeléctrica El Chocón en la provincia argentina de Neuquén. Al dueño de esas extensiones, por las que había dado su vida entera por salir adelante, se las expropiaron arbitrariamente dándole aviso de que le robaban las tierras, mediante una sucia carta.

El hombre no se quiso ir de su casa y sus tierras de las cuales también dependían otras familias, y además porque con el cheque que le daban solo compraba un nicho donde reposarían sus huesos el día que partiera de este plano.

El día de la inauguración de la represa estuvo allí para hablar con el dictador militar de turno que, por aquellos días con grado de general, llevaba el apellido Onganía, para decirle que no se iría.

Al militar no le importó e inundaron sus tierras, su casa, y taparon con agua la vida de ese hombre que murió de tristeza porque el gobierno argentino le robó su vida... Tal vez le hubiera sido a él de menor sufrimiento si lo hubieran fusilado, como fue siempre la costumbre con los que se oponían a los dictadores, pero como no lo hicieron y el hombre de todas formas murió. Nadie recuerda la historia, porque no se la conoce. Los medios de comunicación por miedo a ir presos, desaparecer de este plano, o bien perder la pauta publicitaria, no la dieron a conocer... Con mi familia ni siquiera eso, no hubo cheques ni expropiación, porque no había títulos de propiedad, ya que eran sus tierras de antes que llegaran los invasores españoles a América del sur, central y norte.

Por parte de mi padre, las cosas eran diferentes... Mi abuela era de España, gallega de La Coruña, de nombre hebreo, Josefa... ella había sido desde muy chica «pastor de cabras» en los montes de Galicia. Hija de un sastre con problemas motrices, profesión que abrazaban casi todos los que tenían esta discapacidad, de ideas de izquierda y amigo del famoso escritor del Valle Inclán. Era la primera hija de dos mujeres, no había varones en su familia y al

ser su padre rengo, ellas por ser únicas en la casa debían hacer los trabajos del hombre también...

Mi abuelo era de Portugal, otrora parte de España... Pero mi abuelo que también tenía nombre de origen hebreo, José, no era de esa época, sino de los días en que las dictaduras militares estaban en auge... ¡Él era de aquel floreciente Partido Comunista! Y al igual que Josefa, había sido toda su vida pastor de cabras en los portugueses montes de Pinhanços junto a sus hermanos. También tenía muchas historias al igual que mi otro abuelo, Teodoro.

Como puede ver, tres de mis abuelos eran inmigrantes europeos, y uno autóctono, aborígen, pero todos habían sido trabajadores rurales. ¿Qué tiene que ver esto con mi estratégica elección por el sexo masculino para nacer hombrecito se estará usted preguntando verdad? Bien, en los cuatro casos tener un varón en la familia era una bendición de dios para los que creen y una suerte para los que no. El porqué de esta suerte de bendición, se debe a que en aquellos días el hombre era el que producía y la mujer hacía las cosas de la casa, que, si bien no eran para nada un trabajo menos pesado, ni en cierto modo menos onerosos, ¡pero nadie les pagaba por hacerlos como a los hombres muy «machos» que trabajaban como bestias!

Igualmente, la paga era muy poca y todo el mundo vivía muy mal... Como ahora... Aunque felices creo... ¡fue entonces que decidí nacer varón! Para todos era yo la bendición de la familia... Esto de hecho me trajo problemas...

Volvamos al hospital Salaberri.

Bien, ahora acompañemos a mis padres y a su bebé inesperado, desde el hospital hasta la casa de mis abuelos paternos, quienes compartían su vivienda con mi familia directa.... ¡Es muy cerca! Crucemos la avenida Emilio Castro, y salimos del barrio de Matederos y ya entramos a Liniers para vivir en casa de mis abuelos José y Josefa. ¡Allí están ellos y mis dos hermanas esperándonos!... ¡Qué alegría para mis abuelos! ¡Qué bendición! ¡El varón que continuaría el apellido! Por aquellos días solo lo pasaría a la próxima genera-

ción el varón a sus hijos, y no llevaban el apellido de la madre ni por casualidad. El varón era algo así como sinónimo de dinero, de modo que de alguna parte entraría a la familia algo de dinero que no había desde hacía muchos años... Un tango muy escuchado en aquella época decía: «dónde hay un mango, viejo Gómez, que le han pasado con piedra pómez»... otro tango era Yira, yira... Pero la verdad, para qué nos vamos a amargar el momento recordando las tristes letras de las canciones... Lo cierto es que por más varón que fuera el nuevo integrante de la familia, o sea yo, en Argentina de 1961, como en la de todas las épocas, la gran masa trabajadora sufre necesidades básicas insatisfechas y este varón no pudo doblar ese destino en su país... Las cosas fueron de mal en peor, lo acostumbrado para el proletariado argentino, y mi familia la pasaba muy mal... En cuanto a mi estratégica decisión de elegir el género masculino, finalmente entendí que no fue muy acertada... Mientras me daban todos los gustos por mi decisión de género, en la misma medida se les negaban hasta las cosas más simples a mis hermanas. Esto hizo que ellas fueran juntando resentimiento, que luego se transformó en envidia tal vez... Algo que me acompañó toda mi vida y terminó estropeando tempranamente mi relación con ellas. Creo incluso con mis padres muchos años después.

De la otra abuela gallega también de nombre hebreo, Elsa, de Santiago de Compostela, se muy poco. Solo que era muy viejita y falleció cuando yo era muy chico. Respecto a su esposo, el abuelo Teodoro, era el más autóctono de toda la familia, en cuanto hace a América, ya que aparentemente los otros eran autóctonos de Europa... ¿será así?

El abuelo Teodoro era bien indio. Pertenecía a la tribu aborigen que sin la tecnología tuvo a los invasores españoles en vilo durante 130 años en lo que se llamó las «Guerras Calchaquíes». Los indígenas apelaron a distintas estrategias para evitar su incorporación al mundo colonial y preservar así su autonomía política, pero no pudieron... Los mierdas colonizadores comenzaron entonces con un minucioso trabajo de desnaturalización. Los pu-

tos borbones por su parte impusieron el impuesto especial por ser indígenas. A partir de la revolución de 1810, independencia de Argentina de la invasora corona española, fue instalándose un discurso que apuntaba a terminar con la opresión española hacia ellos. Las ideas filoindigenistas de Mariano Moreno, Juan José Castelli y Bernardo de Monteagudo, fueron el nuevo lenguaje tendiente a otorgar derechos a los indígenas en igualdad de condiciones que el resto de los hombres, pero jurídicamente se comenzó desde el gobierno con un perfecto plan de invisibilidad judicial del aborigen. Ya no figuró jamás en ninguna constitución Nacional ni provincial, ni registros legales en donde ellos pudieran figurar. Estas ideas de desconocimiento de los dueños de la tierra tomada por la fuerza y esclavitud para sus habitantes por parte de España fueron retornando, más aún en los períodos de gobiernos dictatoriales militares del país.

Desde su infancia mi abuelo Teodoro vivió con su familia en medio de los cerros en Catamarca, pero muy joven quedó solo en la casa con su padre. Solos los dos... Sus hermanos habían partido y él se encontraba a cargo de su padre, un hombre de bastante edad. Un día su padre, o sea mi bisabuelo, enfermó y él hizo todo lo que estaba a su alcance con la medicina que había aprendido en parte de su propio progenitor, hasta que vio que no era suficiente. Lo cargó en un caballo para llevarlo a un médico hasta que en un momento dado su padre ya no se mantenía sentado sobre el animal. Lo acomodó como pudo y lo llevó por esos cerros durante tres días y dos noches hasta que llegó a un pueblo con médico... Nada pudieron hacer por mi bisabuelo, al parecer había muerto en el camino. Luego de enterrar a su anciano padre, tomo los caballos y partió con rumbo hacia donde están los sueños de todos los argentinos pobres que vivían en el interior del país, la ciudad de Buenos Aires, capital de Argentina. Allí se embarcó como marinero en las grandes naves que surcaban los mares del mundo. En principio hacia todo tipo de tareas hasta que finalmente lo ubicaron en un puesto fijo.

Así fue como mi abuelo Teodoro se convirtió en cocinero... Dio varias veces la vuelta al mundo en interminables viajes por mares repletos de nada más que agua... agua sin contaminaciones, y poblada de especies marinas y sueños. Vio ballenas, orcas y otras especies, en cada uno de los mares. Cuando conocí puertos como el de Barcelona, Hamburgo, Málaga, hasta el mismo Puerto Madero en Buenos Aires cuando era un verdadero puerto muy importante, pensé: «él ya estuvo aquí hace muchos años». Conocía Cuba de antes de la revolución, Japón y Alemania y Países bajos, Francia e Italia y Grecia, antes de la Segunda Guerra Mundial. No había rincón del mundo que no conociera. Egipto, India Palestina y el mundo árabe de aquellos días... Bien, ellos dos, la abuela Elsa y el abuelo Teodoro, se conocieron en Buenos Aires, y tuvieron tres hijos: Tito, Chichín y Tota, mi madre. La abuela Elsa había llegado de España con un hombre, creo que de apellido Fernández, con quien tenían un hijo de soltera; terrible pecado en aquellos días. Ese hombre se fue al sur, cultivó muchas manzanas y se hizo rico, pero el hijo de ambos, Hilario, un sastre muy bien ubicado económicamente y rodeado de familias adineradas, falleció muy joven. Los médicos aún no sabían mucho sobre el funcionamiento del cuerpo humano, y el pobre murió de peritonitis.

Pero no fue el único por aquellos días con mala suerte en la familia. Un primo de mi abuelo Teodoro, corpulento como él, se había transformado en un temido «compadrito»... Parece ser a este primo de pendencieras costumbres le gustaba el juego, la bebida, y el brutal lenguaje de los puños parece que lo conocía bastante bien.

Hasta que un día, le fueron a avisar a su casa de mi abuelo, que estaba en el hospital Salaberrí su primo en estado de gravedad. Al corpulento hombre lo habían encontrado medio muerto en un zanjón del barrio de Mataderos con nueve disparos de balas alojados en diferentes partes del cuerpo. El hombre era tan fuerte que sobrevivió a ese terrible ataque. Quince días más tarde, y luego de decirle a su primo Teodoro al mejor estilo *Terminator*: «*I'll be back*»,

«Volveré», murió en aquel hospital donde unos cuantos años después naciese el tercer nieto de Teodoro, yo...

En cuanto a mis otros dos abuelos, don José y doña Josefa, se conocieron en Argentina, no en Europa. Ella vino apenas iniciada la Guerra Civil española, ante la insistencia de una prima para que la acompañara a América. Con el permiso de su madre y unos jóvenes 18 años, subió al barco a vapor pensando que en, como mucho, dos días, llegaría a la Argentina.

Pero los días pasaban y la joven Josefa no llegaba nunca a puerto... era un barco de carga con camarotes. Bastante común entonces. En determinados horarios se le permitía subir a cubierta y ella se paraba en la proa, en la parte más avanzada del barco, y extendía sus brazos como lo hizo la protagonista de la película *Titanic* muchísimos años más tarde. Lógicamente no estaba DiCaprio para sostenerla mientras hacía el avioncito... En mitad del viaje, un trayecto de 24 días y sus noches, Josefa se vistió totalmente de negro, como se acostumbraba entonces cuando alguien muy allegado fallecía. ¿Sincronicidad?

Sus dos acompañantes, prima y comadre, le insistieron en que se quitara esas ropas que tanto dolor causaban al verlas. Josefa explicó que ella sintió en su alma que su madre había muerto en aquella pequeña aldea de pescadores de su amada Galicia. Sus acompañantes le decían:

—¡Tú estás loca! ¿Cómo puedes saber? ¡Estamos en medio del mar incomunicadas!

No se quitó sus ropas negras y continuó su viaje. Finalmente llegaron al Puerto de Buenos Aires.

Todos los que venían en el barco, primeramente, eran alojados en el Hotel de Inmigrantes ubicado en el mismo puerto, a orillas del gran río de la Plata.

Ese hotel era algo así como la isla Elis de Estados Unidos, pero la suerte que corrían unos y otros era muy diferente. El hotel estaba dividido por pisos y pabellones... Para hombres un piso, mujeres otro, y a su vez las mujeres con niños separadas. Las familias,

los hombres casados, todo perfectamente organizado. Los comedores para pasar a comer en diferentes grupos y horarios. Personal sanitario en su sector bien definido. Lavandería. Un tanto industrializado el sistema, pero era aquello lo mejor mientras esperaban a que les dieran la autorización definitiva de ingresar al país luego de haber ya puesto todos sus papeles en regla. Según pude llegar a la conclusión después de investigar, la inmigración fue muy importante en número, pero igual de importante fue la irresponsabilidad e ignorancia por parte de los empleados de migraciones del estado argentino.

Ellos cambiaron los apellidos de infinidad de familias que llegaron al país en aquellos años. Fue en algunos casos por falta de atención al copiar los datos de sus documentos originales, y en la mayoría de los errores, fueron plenamente por pura imbecilidad de cada funcionario en forma individual. Estos «tipos» que trabajaban en migraciones, creían que los inmigrantes eran menos personas que ellos. Los consideraron gente que, al venir desde un continente con problemas sociales como guerras y otras yerbas, «pobres diablos sin valor humano», que no merecían respeto. También pude averiguar y sufrir en carne propia en Europa, que los inmigrantes son tratados igual en otras partes del mundo.

Los seres humanos idiotas, están en cualquier parte del mundo respecto a este tema, y otros..., pero ese es tema para después.

Lo cierto, es que pasaron unos días y un español de la aldea de Josefa que ya vivía en Argentina desde hacía un tiempo, recibió una carta de su familia en la que le anunciaban la muerte inesperada de su madre, justamente cuando ella estaba en medio del viaje en el vapor de España a Argentina. Sincronicidad...

Luego de esto, mi abuela Josefa ya no tenía muchos motivos para volver a su casa. Su madre muerta y su padre solo en su casa con su criada en medio de una tremenda guerra civil no pintaban un panorama muy atractivo para su futuro. Se abocó a lograrse un futuro en esa nueva tierra llamada Argentina. Consiguió un trabajo en el comercio de otros inmigrantes españoles que eran de Madrid.

Ella se desempeñaba como criada en la casa de una pareja, que tenían un local en pleno barrio de Mataderos. Allí brindaban a la infinidad de inmigrantes europeos que trabajaban en la zona, un desayuno que no era nada más ni nada menos que un succulento y espeso chocolate con churros. También ofrecían el servicio de almuerzo y cena por un costo fijo por mes para todos los solteros que se encontraban trabajando duramente durante el día, tal como es la vida para los inmigrantes del mundo. Allí, en el lugar de comidas donde trabajaba la joven Josefa durante el día, y en la noche dormía en el piso superior, vivienda de los dueños del lugar.

A Josefa la encerraban en su habitación durante la noche, sin posibilidades de poder ir al baño, ya que el señor tenía temor que se levantara para comer algo de su comercio. La pobre Josefa, a pesar de ello consideraba a sus señores, y así era como los recordaba, «gente muy buena, de gran corazón».

Durante el día podía tomar cuanto chocolate con churros quisiera y no debía pagarlos... eso sí, debía estar las 24 horas del día al servicio de ellos por unos pocos pesos y un día libre a la semana todo por ser inmigrante igual que ellos también lo eran y del mismo país. El dinero hacía una diferencia social muy grande, como siempre...

Durante su trabajo sirviéndoles la comida a los inmigrantes solos o solteros, se cruzó con un portugués empleado de uno de los tantos hornos de ladrillos de la zona. Industria en auge en aquellos días donde en Buenos Aires parecía que crecía un edificio por semana.

El portugués, no era otro que aquel joven pastor del pequeño pueblo llamado Pinhanços, quien sería en el futuro: mi abuelo José. Nacido en el seno de una familia rural. Pastor de cabras como así también Labrador en la tierra de su numerosa familia para lograr su sustento. Su padre, mi otro bisabuelo, había cumplido servicios en África para el imperio portugués en las colonias que mantuvo hasta su independencia en 1975, en aquellas colonias del África. El bisabuelo debía obligar a los esclavos a trabajar sin más paga

que la comida. Para ello debía vivir en medio de todos los esclavos colmados de un lógico y violento odio hacia el hombre blanco que los esclavizaba en su propio terruño, utilizando el terror de las armas y el látigo en castigo para lograrlo. Su padre entonces le contó que, dormía sentado en el piso, fuera de su cama, y con un revolver en una mano por temor a ser asesinado de un machetazo mientras dormía. Era no solo el padre de José, sino que de cinco varones más y una mujer.

Las cosas en Europa estaban muy mal social y económicamente. La gente emigraba por millones, y aún faltaba lo peor, la guerra... los hermanos de mi abuelo comenzaron a emigrar gradualmente. Quedaban solo José y Antonio. A mi abuelo, lo solicitaba Portugal para desempeñar tareas en el África portuguesa. Su padre le dijo, «no vayas, pero como no puedes negarte, deberás irte de Portugal a algún lugar lejano». Dejó la casa junto a su amigo de toda la vida, Álvaro, y su hermana. Se embarcaron en un vapor en Lisboa hacia la Argentina. Luego siguió sus pasos su hermano Antonio, ya que él y su padre solos no podrían hacerse cargo de todas las tareas que generaban la tierra y las cabras.

Antonio llegó a Buenos Aires, pero no le gustó, no sabía mi abuelo bien porqué, pero se fue a Uruguay, y de allí pasó a Brasil, donde hablaban su mismo idioma. En lo personal creo que hubiera hecho lo mismo en aquellos días, ya que de seguro le fue mejor que a mi abuelo en Argentina. De la gran familia de mi abuelo en Portugal, solo quedaron casi de un plumazo, los progenitores, los iniciadores de mi familia.

Mi bisabuelo no podía solo con el trabajo, y su esposa, mi bisabuela, de trabajar para seis hijos y su esposo junto a su hija, se quedó completamente sola en la casa rural. Su esposo debía trabajar para otro todo el día para poder subsistir con su esposa en la Europa pobre de aquellos días. Aquella mujer se encontraba de pronto tan sola, las distancias en aquellos días para la gente pobre, era lo mismo que morir. Sabía ella que sus hijos jamás volverían, y la vida dejó de tener sentido.

Un día cuando su esposo, mi bisabuelo, partió para su trabajo, se arrojó de cabeza al aljibe de su casa. Encontraron allí su cuerpo sin vida, con el alma destrozada... Muchos años después, su hermano Antonio, quien había ido a vivir a Brasil, le escribió una carta, pero desde Portugal. Había retornado a la casa donde su padre que había quedado solo había fallecido de viejo. Se hizo cargo de la casa con uno de los hijos que había tenido en Brasil producto de un matrimonio con una latinoamericana.

Hasta aquí supe, luego ya no recuerdo más información si es que la tuve alguna vez yo, o si en realidad mi abuelo supo alguna algo más...

Por su parte Josefa, creía que sufría del corazón, pero en realidad era asmática. Los médicos en aquel momento le dijeron que, si se quedaba en Argentina, debía ir a vivir a las sierras de la provincia de Córdoba, donde el clima era bueno para ella, y no en Buenos Aires. De lo contrario debería volverse a los montes de Galicia y su aire de mar, de donde no debía haber salido nunca. Bastante tiempo de estar en Argentina, vino a vivir con ella su hermana Manuela, también conocida como Lela.

Su hermana era una mujer realmente hermosa, de ojos turquesa solo comparables con los de Liz Taylor... Mi abuela Josefa había juntado con muchísimo esfuerzo, el dinero para pagarse el pasaje de regreso a su tierra y a su buena salud, allí en los montes de Galicia, entre las cabras, aunque su madre ya no estuviera. Pero fue cuando Lela, su hermana menor, lloraba todo el día porque la vida en Argentina no le gustaba y quería volver a su Galicia. Era lógico, contaba mi abuelo José que en aquellos días él mismo, también se quería volver a sus montes sin importar la deuda con el gobierno portugués que lo requería en el servicio militar obligatorio para ir a esclavizar personas a África. Muchas veces lo escuché contar sobre aquellos primeros tiempos en Buenos Aires, que frecuentemente al levantarse se enteraba que habían encontrado el cadáver de alguno de los «malevos» de aquellos días que se trenzaban en pelea de cuchillos por alguna «mina», o simplemente un desaire...

por defender su honrabilidad, o bien por deudas de juego, tan popular en esa época, el truco.

Pues bien, el portugués José, solo en medio de esa Buenos Aires de entonces, llena de malevos, compadritos, mafias del lugar e importadas de diferentes regiones del mundo junto con la inmigración, solo se interesó por la gallega Josefa, quien servía en el lugar donde él desayunaba y almorzaba todos los días. La invitó al cinematógrafo como una cita, pero no era de mujer decente acudir a la misma a encontrarse con él a solas, de modo que se sentaron cada uno en su butaca, pero con la Paca, comadre de su aldea de España, sentada en medio de los dos.

José, imaginando quién sería Josefa, se arriesgó pidiéndole matrimonio y Josefa, según palabras de ella misma:

—Le dije que sí. Qué otra cosa podía hacer en medio de ese terrible ambiente que había en Buenos Aires y sin el dinero para el pasaje de regreso porque se lo había dado a mi hermana para que dejara de sufrir. Yo era su hermana mayor y tenía que velar por su bienestar.

Josefa estaba completamente sola y con problemas de salud. Sin conocer al portugués, le dio el sí... Se casaron, y fueron a vivir juntos a una pieza en la calle Basualdo, cerca de donde trabajaban en capital federal.

Mi abuela dejó de trabajar, porque su flamante esposo no quería que su mujer saliera de la casa mientras él estaba trabajando.

Josefa obviamente continuaba en contacto con las «comadres» de su pueblo y otras españolas. Se veían algunos días en la semana. Acordaron un día en la semana encontrarse en el cine del centro del barrio de Liniers, o «Linieres» como le decía ella, el día que había descuento para ver una película. ¡Amaba el cine, le encantaba! Podía soñar el tiempo que durara la película viviendo los lujos de las viviendas de los personajes que jamás tenían que preocuparse por la comida, lujosas vestimentas, grandes autos que siempre estaban en marcha al subirse, o bien tenían chófer. Viajes en lujosos barcos y no en el vapor que viajó ella para llegar a la Argentina.

Esas realidades tan dispares que siempre existieron entre la vida de las películas y la realidad de los pueblos latinoamericanos... Pero la realidad de los inmigrantes siempre es extremadamente diferente. La realidad de Josefa era, si no muy distinta a la de otras mujeres, no se parecía en nada a la de esas pelis... Ella volvía corriendo del cine, no podía darse el lujo de tomar el tranvía a pesar de que estaba a unas 30 cuadras de distancia de la habitación donde vivía con su esposo. Ya pagando la entrada del cine se estaba arriesgando demasiado a que José se diera cuenta que estaba desviando fondos hacia otro sector que no era el familiar, y si le sumaba el tranvía él se daría cuenta. ¡De modo que volvía corriendo y hacía la comida antes que llegara su esposo del trabajo y se diera cuenta que ella había estado toda la tarde fuera de la casa, y en el cinematógrafo!

José era un pastor que el sistema había arrancado de su monte en Portugal y puesto a otro tipo de esclavitud en una tierra que nada tenía que ver con él. No sabía cómo tratar a una mujer, ya que siempre había tenido trato más que con su familia y sus cabras.

Rara vez podía tener roce con sus amigos de juventud. Aprendió a leer y escribir a los 20 años. De modo que José, como decimos en Argentina, «tocaba de oído» en lo que a mujeres se refiere.

Tiempo después vino el primer hijo, Cayo, mi padre... Y como antes, en las culturas europeas, en lo personal creo que siguen en muchos países hasta hoy, se acostumbraba a castigar físicamente a las mujeres cuando a los machos se les daba a bien. No sé cuál era, ni es el pensamiento, si es que lo hay, además de la enfermedad de ser golpeador. Personalmente creo que, si hubiera un grupo de personas en cada zona haciendo justicia, o sea que se dedicaran a comprobar y luego dar una buena cucharada de su propio remedio a los golpeadores, esta práctica enferma se erradicaría y no habría más mujeres ni hombres golpeados, además de brindar una nueva vida para los damnificados.

Pues bien, José, cada tanto le daba a Josefa un correctivo, aunque leve, no dejaba de ser un salvajismo. Él no sabía cómo comunicarse, y ella estaba con él solo por sus circunstancias personales...

La escuché contarle a mi madre, que ella en aquellos días, luego de algún sopapo de su esposo, pensaba: «Uno de estos días me armo en monito en una mano, en la otra mi niño, y me voy». El «monito» es un atado que en aquellos días hacía la gente pobre, el pueblo, con una manta grande y poniendo su ropa dentro. Se cierra juntando sus cuatro extremos atándolo al extremo de un palo para llevarlo en un hombro y caminar su pobreza sin solución, con mayor comodidad. Obviamente la manta era con lo que se cubrían en las noches al dormir en las calles...

Luego de esa habitación en la calle Basualdo, muy cercano a los mataderos del ganado que venían de todas partes de la provincia, se mudaron a un lugar cercano, pero que era muy descampado, ya que se encontraba en el límite entre la capital del país, Buenos Aires, con la provincia homónima. José compró allí un terrenito muy económico a escasos 100 metros del cruce de la avenida general Paz, límite de la capital y la despoblada provincia, en cruce con la Avenida Emilio castro, en el pasaje Trenque Lauquen. Exactamente adonde usted me acompañó al principio de la lectura a vivir a casa de mis abuelos...

Allí mi abuelo cuando recién compró el terreno, montó una casa de madera con el piso de tierra, parecida a la que él había nacido. Pero la quiso hacer más fuerte aun, y le clavó por fuera unas chapas planas, sin ningún tipo de dobleces que la hicieran más firme. Un día, en aquel despoblado sector donde comenzaba en campo abierto prácticamente, se levantó un tremendo vendaval, que no era tan fuerte como para llevarse el rancho, pero si lo suficiente como para meterse detrás de las chapas que servían como refuerzo, y hacerlas vibrar. Eso producía un aterrador sonido que le daba a mi abuelo una muy mala impresión sobre el futuro de su casa... Mi padre que, si bien era muy pequeño, recordaba que su padre, mi abuelo José, repetía una y cien veces con cada ruido de las chapas:

—¡Ay que se me vuela el rancho!

Ese día como él se quería ir a trabajar y estar en su trabajo tranquilo de que su mujer y su pequeño retoño estarían a salvo, los dejó

en casa de Paca, la comadre de mi abuela Josefa con quien había viajado en el barco a vapor, pero que tenía una casa de ladrillos a mitad de cuadra...

Mi padre contó varias veces sobre parte de su infancia de cuando era muy pequeño que su madre, lo llevaba tardes enteras a recorrer media ciudad buscando por las casas quienes tuvieran cosas usadas y papeles de envoltorios de mercaderías con una capa de papel metálico que supuestamente era plomo... Te estarás preguntando para qué iba por las casas pidiendo cosas, pero lo cierto era que ella mostraba una estampa de la líder comunista española dolores Ibárruri, conocida como la Pasionaria. ¿Al mostrar su estampa, quién no se daría cuenta que ella era una revolucionaria y pedía cosas para enviar a España como ayuda a sus compañeros que resistían ante el bárbaro ataque al pueblo de las milicias a cargo del terrible «joeputa» Francisco Franco?

Ella recorría incansablemente los barrios de Liniers y Mataderos buscando el apoyo de otros inmigrantes, muchos españoles, y otros no, pero que estaban igual con la idea del comunismo, socialismo o anarquismo, de modo que colaboraban con la revolución a través de la joven Josefa y su pequeño hijo. En aquellos días la inmigración en Argentina era gigante gracias a la guerra iniciada por Alemania contra el mundo. Todos tenían gran conocimiento de la ideología comunista, y era en ese momento lo que querían para el resto de sus vidas. Sin ser comunistas tal vez.

Así fue como cantidades de cajas fueron desde Argentina hacia su tierra española.

Los papeles de envoltorios de diferentes mercaderías eran para sacar el plomo y fabricar balas para defender la república de España del nazismo español. Sueños de inmigrantes con ganas de dejar de ser los esclavos de aquellos días en Europa. Todos ellos trajeron a esta tierra nueva esas ideas y querían luchar por ellas, rehacer sus vidas desde cero «libres».

En Argentina la lucha por estos ideales comunistas, rojos, anarquistas o como quieran llamarle, se hizo desde todas partes del

país. Los inmigrantes se fueron en la búsqueda de un futuro mejor por toda la Argentina por inhóspito que fuera, y duro que resultara el trabajo. Querían lo que les había prohibido Europa.

Los hijos de mis dos parejas de abuelos eran Tota y Cayo.

Cayo vivió la época en que la avenida General Paz era de tierra, y el ganado llegaba en pie a los mataderos del barrio a los que daba precisamente el nombre, Mataderos. Contaba él, Cayo, que llegaba el ganado haciendo polvareda a su paso por la avenida, hoy una autopista de las principales de Buenos Aires, arriado por varios gauchos a caballo, gritándole al ganado y a los perros que servían de ayuda para que ninguna vaca se diera a la fuga.

Allí había muchos árboles, y de chico iba en las tardes con los amigos y sus gomerías armadas con un trozo de rama de árbol en «Y» y unas tiras de gomas con un pequeño cuero para poner la piedra asesina con la que cazaban pájaros... Recuerdo haberlo escuchado contar muchas cosas de su niñez, como por ejemplo de sus vecinos, de las barras de chicos de cada calle y las peleas que tenían defendiendo a alguien o simplemente el honor de la barra de la esquina de su calle cual fuera, daba lo mismo, incluso si uno no era de esa barra porque vivía en otra calle pero su amigo del alma era de esa barra, peleaba con su barra adoptiva por amistad. Todo era cuestión de honor. La cantidad de costureras que había en los barrios de inmigrantes era realmente importante, ya que, si bien siempre eran pobres, nunca eran las cosas en nada parecidas a sus pobres vidas en Europa.

A las mujeres que se dedicaban a la confección de prendas se les encargaban las prendas de vestir que de ninguna manera podría pagar por las confeccionadas en tiendas. Les saldría carísima y no contaban con medios para pagar semejantes precios. Hoy las cosas son diferentes, ya que, si no tiene la marca de alguna empresa estampada en grandes dimensiones y que hace mucha publicidad, la cual uno mismo paga el costo al comprar la prenda, no está a la moda. Esto último es algo que en aquellos días hubieran catalogado como una atroz locura de muy poco gusto por la verdadera

costura... Cierta vez conocí un hombre que era del pasaje Trenque Lauquen, y luego de que me contara varias historias sobre su niñez, resultó ser el sobrino de una mujer, ya fallecida, que había conocido a quien posteriormente fuera su esposo, mediante las cartas de amor que mi padre muy pequeño en aquel momento, le llevaba a escondidas de los padres de la dama, y era precisamente costurera... O sea que Cayo ofició de celestina con sus tíos.

En aquellos días, la salida laboral para las mujeres era aprender corte y confección. Había muy pocos los puestos cubiertos con mujeres en el sector privado. Las prendas de vestir las confeccionaban las mujeres de la misma familia. De igual manera los abrigos de lana... Desde los guantes y la bufanda, hasta pullovers y camperas. Algunas mujeres ya más audaces usaban para ocasiones especiales, vestidos de lana tejidos a mano... Tota llegó al barrio donde vivía Cayo, de muy pequeña, su padre al ser marino llevaba a su familia a vivir siempre cerca de los puertos desde donde operaban los barcos en que trabajaba. Al cambiar de trabajo, o barco, cambiaba de puerto de operación. Hacia allí trasladaba su familia, hacia la ciudad más cercana a ese puerto. Ella nació en un pueblo cercano al puerto de Bahía Blanca, bien al sur de la Provincia de Buenos Aires, a 800 kilómetros de allí. Luego se mudaron a la Plata, capital de la provincia, que estaba a solo 100 kilómetros de la ciudad de Buenos Aires y de allí ya se fueron a la capital argentina, la ciudad de Buenos Aires. Si bien la distancia era poca, en aquellos días, 100 kilómetros eran muchos más que hoy en día con la autopista directa. El desarraigo era muy grande debido a que pasar de vivir en la Plata a Buenos Aires, era como salir de la apacible vida de un pequeño pueblo costero de Galicia en España, a la populosa ciudad de Hamburgo en Alemania, que también es portuaria.

Por aquellos días mi abuelo Teodoro, «papito», como le decían sus hijos, ya estaba cansándose de estar como nómada con su familia por los puertos de Argentina y se hizo militar. Ingresó en la Marina de Guerra de la República Argentina como cocinero. Primeramente, vivieron en el barrio de Belgrano, y luego se mudaron

a Liniers, donde era más sencillo, pero también más económico. Su trabajo de Marinero ya tenía base en un solo puerto, Buenos Aires. El abuelo Teodoro, hombre de gran altura e imponente físico, algo muy similar a John Wayne, incluso en su forma de ser decía siempre Tota, era muy buen cocinero. Por eso fue empleado como cocinero del Buque Escuela Fragata Libertad, en el cual terminaban su estudio con un viaje por el mundo los aspirantes de la escuela de Oficiales de la Marina de Guerra.

Con un barco de la Armada Argentina antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial, participo del salvataje de numerosos oficiales nazis y sus familias que estaban recorriendo como «turistas» las costas de la región patagónica en el sur argentino. Supongo que estarían haciendo reconocimiento del lugar donde vivirían luego de terminada la guerra, o bien sería el próximo destino para invadir.

Al golpear el casco de la nave, Monte Cervantes, con una roca, se hizo un rumbo tan importante que en pocos minutos ya estaban hundiéndose... El barco donde estaba trabajando Teodoro en esos momentos se encontraba no muy lejos. Al escuchar el llamado de auxilio de los alemanes, acudieron a socorrerlos. Llegaron rápido y no se ahogó ningún pasajero ni tripulante. El capitán decidió hundirse con su barco antes que afrontar la vergüenza y el deshonor que en aquel entonces significaba para un capitán perder la nave... Por aquella participación, el gobierno nazi en nombre de Hitler le obsequió un reloj de bolsillo de purísima plata, que no era otra cosa que una copia del Rolex de aquel entonces. Los alemanes muchas de las cosas no las creaban, ya que no tenían tiempo. Estaban preparándose para la guerra. Copiaban todo de otros países y les ponían su sello.

Los días de niñez de Tota transcurrieron entre Liniers, donde vivía con sus padres y tres hermanos en la calle Saladillo, la primera calle paralela a la avenida general Paz del lado de la capital. También el barrio de clase «media alta» de Belgrano donde habían quedado viviendo sus tías y primas. Aquel barrio donde vivían sus

primas era de clase «media alta» debido a que en principio había estado poblado de grandes solares y «caserones de teja» en su techo (como dice el tango) utilizados únicamente para el descanso las adineradas familias del centro de Buenos Aires. Las calles todas empedradas, mientras que, en otros barrios, como por ejemplo Liniers, eran mayormente de tierra. En corto tiempo la cantidad de inmigrantes era tan grande que se necesitaron todos los terrenos que había disponibles en capital para construir las viviendas de la nueva sangre argentina. Fueron hacia allí los inmigrantes que mejor estaban económicamente, pero que tampoco eran ricos ni nada parecido. Gente trabajadora que vivía de un sueldo, que al tener otra preparación contaban con un mejor ingreso. ¡Incluso a veces también tenían automóvil!

Tota era la única niña de la familia.

Los varones eran tres: Heladio, Chichín y Tito. El primero era sastre y tenía una buena vida en un sector de la sociedad adinerada del centro de Buenos Aires. Falleció muy joven de peritonitis. Los otros dos hermanos, eran como todos los niños de aquellos días, inquietos y con ganas siempre de probar cosas nuevas. ¡Unos verdaderos intrépidos aventureros!

En cuanto a Tota, era una niña tímida, criada en zona rural, y con sus ojos achinados, herencia de su padre, más aborigen que argentino... En aquella época de permanente inmigración en Argentina, Buenos Aires estaba repleto de europeos en su mayoría, había muy poca la gente con ojos rasgados, o sea del interior del país, donde aún había gente originaria de la tierra, y de poca mezcla con los españoles.

Los inmigrantes no conocían a los originarios casi, y creían al verla con sus ojos rasgados, que era japonesa. Pero eso no duraría mucho tiempo... luego un militar amante de la doctrina nazi cambiaría todo y habría muchas Totas en la ciudad de Buenos Aires... Mi madre en su adolescencia iba con amigas a los bailes que se hacían en los clubes barriales de la zona, y un día conoció a Cayo. Él vivía solo a unas cuadras de su casa.

Estuvieron tres años de novio. Finalmente, con 19 años Tota y 20 Cayo, se casaron un 14 de febrero, día de los enamorados... Cayo era del 7 de septiembre de 1930. Primer día después de la revolución armada por los dictadores Uriburu y Justo para derrocar al gobierno democrático de Hipólito Hirigoyen.

Tota, nacida en 1931, era comunista desde muy joven... Cayo estudiaba y trabajaba desde pequeño, para ayudar con dinero en su casa, su padre era *motorman*, el que manejaba los tranvías de la ciudad de Buenos Aires. De pastor de cabras a manejar un tranvía por las calles de una moderna ciudad como la Buenos Aires de aquel entonces. El pequeño Cayo, se quedaba de lunes a viernes en casa de un paisano de su madre que vivía en el barrio porteño de Flores, más cerca de su escuela secundaria del barrio de Boedo. Tomaba desde allí el tranvía todos los días para ir a estudiar al colegio industrial de la avenida Boedo.

En tercer año abandono sus estudios porque ya sabía demasiado de mecánica... comenzó a trabajar en los Talleres de la Corporación del Transporte Automotor de Buenos Aires. Creo que luego de muchos cambios y rupturas según los gobiernos que fueron pasando, solo quedó un pedazo de aquel ambicioso proyecto y se llamaba Transportes del Oeste.

En los talleres de la corporación se reparaban absolutamente todos los colectivos o buses, que funcionaban en la ciudad. Era entonces una empresa del estado, como debe ser y no privadas como fue después para que se convirtiera en un negocio para pocos y no un servicio para todos... ¡Allí el joven Cayo se encontraba en su salsa! Mucho trabajo que le gustaba y aprendía sobre motores de todo tipo a pasos agigantados. Ganaba relativamente bien para su edad y teniendo en cuenta lo bajo que fueron siempre los sueldos en el país.

Tota era una joven con sexto grado. La escuela secundaria en aquellos días no era para la gente pobre. Su padre era un simple suboficial cocinero de la Armada Argentina, lo que llaman «carne de cañón». Ella ayudaba a su madre en las tareas de la casa, y aprendía un oficio, «corte y confección», costura, modista, como quiera llamarle.